

PQ7084

A5

V.4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## INTRODUCCION.

---

XII.

CHILE.

La raza indígena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispano-americana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile una acción indirecta tan poderosa que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que allí durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral, árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera y viril de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de sus inge-

003062

nios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocían la poesía y la oratoria en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión con las hazañas de su increíble resistencia á que se multiplicasen los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico, que contrasta con el carácter patriarcal y algo casero que las letras coloniales ofrecían por lo general en los pacíficos emporios de Méjico y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aun en cierto sentido puede decirse con D. Andrés Bello que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico». Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Araucana*, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica, compuestos en América, ó sobre América, durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún

poema moderno, ni, entre los antiguos, la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva ó inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya, ó están latentes, hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo, como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo.

Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituída por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados cantares del *Rolando*, del *Mio Cid* y de *Los Niebelungos* pudieron ser tan épicos como los rapsodas homéricos, sin conocerlos ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que quieran remedarla á veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles é innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio ni fin,

ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y que acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que puedan discurrirse y que, en efecto, se discurrieron? Y sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia, y transformada por la invasión del naturalismo pagano, no deja de ser una de las obras más deleitosas del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico, en que la imaginación, libre de toda traba, se deleita con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grande y melancólica del Tasso escribió el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente respondía á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo xvi. Fué en Italia el poeta del segundo Renacimiento, como Milton en Inglaterra; Tasso con el espíritu de la reacción católica, Milton con el espíritu de la reacción puritana. Al procurar encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada eflorescencia de la poesía novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo xvi á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con obras vivas y llenas del

alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camoens, aunque por caminos diversos, y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles. Un Nuevo Mundo se abrió para el arte, casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del genio ibérico. Camoens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica, capital en la historia de la humanidad, brillante en todos sus accesorios, aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas, no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de «veinte leguas de término, sin pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo», habitada por bárbaros sin nombre ni historia, hasta que él vino á darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camoens y las desventajas de Ercilla. El primero acertó á condensar en un poema que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en

torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, aun éstas tuvieron carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas, por lo demás, con su argumento, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que por otra parte merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles del siglo xvi, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta.

De esta penuria á que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra. No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una isla de los Amores, que vengan á recrear la fantasía con más apacibles paisajes ó más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte, con el mismo son duro y estridente, durante treinta y siete larguísimos cantos. Las sombras de Tegualda, de Glaura, de Fresia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la

sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloé. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos, al decir de los historiadores y geógrafos chilenos; pero no son gráficas, ni representan nada á la imaginación.

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua, y aun trivial á veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega á los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realzarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia humana, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusíadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, ó más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena, como dura y penosa la de *La Araucana*; pero la impresión poética que esta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*, y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente á alguien, es al Ariosto ó á Virgilio, sino por especial privilegio, debido en parte á la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico, sin darse cuenta de ello, y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte á la novedad de las costumbres bárbaras que él describía y que no podían menos de tener intrínseco pa-

rentesco con las de las edades heroicas. No sabemos á punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco; pero toda la parte del canto segundo en que esto se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere á los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó, seguramente, con dotes y sentimientos morales, impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, é inventó de cierto, si no los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad ó con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, á tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun por los que dudan de aquellas circunstancias que sólo en Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede á ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de los indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales en que probablemente no ha tenido rival

después de Homero, las cuales se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, á pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan varias y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que, en general, me gustan menos. Si la desesperada fiereza de Galvarino, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Cautoplicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana*), me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores ó peores, no ha de tenerse por impropiedad en Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados á la oratoria, y la cultivaban á su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias é interrogaciones retóricas». Ercilla, pues, en esto, fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta á las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, la amada de Lautaro, habla como Dido en el libro iv de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el

cadáver de su esposo, trae en seguida á la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en *La Cyropedia*, de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* á un grado de perfección á que llegan muy pocos libros, ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos se lamentan á una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas á que le arrastraban su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debió, por otra parte, bellezas de un orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma á todos nuestros poemas del siglo xvi, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y fué sin duda la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada á la dignidad de la epopeya (1).

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero, por D. J. Tori-

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron á imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarcinos, más notable en verdad por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar las imitaciones menos directas como *El Peregrino indiano*, *La Mejicana*, *Las Armas antárticas*, y *La Argentina*, tenemos respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *Cuarta y quinta parte de la Araucana*, de D. Diego Santisteban Osorio; el *Arauco domado*, de Pedro de Oña; las *Guerras de Chile*, de D. Juan de Mendoza; el *Purén indómito*,

bio Medina, en su *Biblioteca Americana*. Las tres partes de que el poema consta fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madrigal, años 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes aparecieron juntas. Entre las posteriores, merecen especial atención la de Madrid, 1597 «*en casa del licenciado Castro*», con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, única que contiene la continuación de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828 (por D. Miguel de Burgos), que en corrección tipográfica la vence; la de la Academia Española, con prólogo de Ferrer del Río, 1867, que aventajaría á todas, si no tuviese el defecto de haber suprimido los preliminares de las antiguas, y, finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere á la guerra de Arauco.

Los juicios de *La Araucana*, desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique*, que acompaña á su *Henriada*, son innumerables; pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa, en su *Apéndice sobre la poesía épica española* (tomo II de sus *Obras*, 1827); el de Quintana, en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833); el de Bello, en sus *Opúsculos literarios y criticos* (tomo I), y el de Alejandro Nicolás, *L'Araucana*.